

Año. II No. II. Semestre B de 2024 ISSN: 2322-9977

ERGOLETRÍAS



Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!



Givay



El despertar de la palabra: Alejandra Pizarnik, la pensadora

Edna Jasmín Olarte Martínez
Maestría en Pedagogía de la
literatura
Universidad del Tolima

“Existir significa “no estar en casa” encontrarse estructuralmente arrojado fuera de cualquier refugio, atento solo al sonido del ser que llega por medio del lenguaje. La casa del ser no es el yo, como en Descartes, si no el lenguaje”.

Martin Heidegger.

Y si la noche solo es comprendida desde la poesía, desde la celosa mirada del poeta, como dice Alejandra Pizarnik, “*observar una rosa hasta pulverizarse los ojos*”, ¿solo sería la noche del poeta? o, ¿el poeta de la noche?, y ¿la luna consigo de la mano de la noche, desde ese entorno sombrío, hundiendo en el lamento del silencio los más oscuros pensamientos y, de esta forma,

envolver el cuerpo en el tumulto de tiempo, encerrarlo y danzar con el Yo adentro hasta espinar con la palabra el alma?, no quedaría más que, lanzarse al abismo sin saber que caerá en el absoluto *nafragio de sí mismo* sin ancla en alta mar.

Es así que, en el vasto panorama de la poesía contemporánea, Alejandra Pizarnik emerge

como una figura cuya obra no solo conjura por su belleza poética, sino que también invita a una profunda reflexión filosófica, desde la mujer/poeta y pensante. En su poema "El despertar", Pizarnik nos sumerge en un mundo interior donde los límites entre la realidad tangible y el universo de la mente se difuminan. Este viaje introspectivo no es solo una exploración poética, sino también un acto de pensar en el sentido heideggeriano, cuando, en cierto modo "pensar supone siempre haber dejado algo atrás, o lo que es lo mismo: verlo a otra luz". (LEYTE, 2015)

Cuando Heidegger habla de dejar algo atrás, sugiere una distancia entre el pensamiento y lo pensado, una separación que permite una nueva mirada, una nueva luz. Plantea un nuevo concepto de la cosa o más bien, la cosa deja ser cuando es vista desde otra perspectiva u otro uso, de ese modo, deja su *ser* para convertirse en un concepto de quien le está conviviendo con ella. De esta forma, hago la aproximación que Alejandra, la mujer pensante se sumergió en la filosofía Heideggeriana, y su influencia en su paso por París, pues, de esta forma se lanzó en el abismo del *ser*, su ser. A lo largo de las investigaciones, siempre retumbó qué en su momento de viajar a París, se impregno de Filosofía, esto a su vez, es la idea latente en su poesía, pues, la influencia de autores como Sartre, Frans Kafka, le llevaron a ahondar por el uso de la palabra desde el ser mismo, desde la substancia, y con ello, caer en el profundo abismo de reconocerse a sí misma como un ser sin espacio ni tiempo, con ello, dejar siempre plasmado de una u otra forma, en su poesía, ese inconformismo con el lenguaje común o tradicional, pues nunca encontró palabras de este mundo que expresaran lo que su *ser* quería decir con certeza; así es pues que, hace uso de la poesía, como lo plantea Heidegger: "[...] opta de forma



ejemplar por el arte, la arquitectura y, sobre todo, la poesía como escenarios privilegiados de la manifestación de la verdad" (LEYTE, 2015), en tanto que la poesía es para Alejandra un escenario para trasfigurar la constante de lo que hay en su ser. Ahora bien, si se adentra en su poema El despertar, se puede notar que el simbolismo se hace presa de ella, por tanto, refleja claramente que la palabra del mundo no es suficiente y recurre a la filosofía como reflexión de la transformación del arte.

Señor

La jaula se ha vuelto pájaro

Y se ha volado

Y mi corazón está loco

Porque aúlla a la muerte

Y sonrío detrás del viento

A mis delirios (PIZARNIK, 2018)

Al observar quien desde una perspectiva filosófica cuestiona los límites del conocimiento y la percepción. Pizarnik reconoce la pérdida, la identidad fragmentada y la búsqueda de significado en un mundo complejo y a menudo contradictorio, pues, al referirse al pájaro, que bien puede ser ella, aterrada de vivir en una cárcel, la cárcel de la vida; como rito, cual lobo solitario, quien su único refugio es aullar a la muerte, con esto, no saber si lo que vive es su vida misma o es presa de su cabeza, de los delirios. En este primer verso denota su arraigado sentimiento de encontrar su ser, su existencia, como diría Heidegger, *ex - istir*, estar afuera, vivir con el afuera. Para Alejandra, el juego que hace Heidegger con el ente, como cosa, incide en ella, cuando las cosas que comprende en el mundo exterior no son las mismas que nacen desde su interior, no todas están dotadas de substancia, por tanto, cuando hurga en la palabra, difícilmente logra de identificarse en el mundo con algo, con alguien que le comprenda y de este modo, poder *ser* (volar).

Cuando Alejandra es publicada en la década de 1960, un periodo de agitación cultural y política en América Latina, su trabajo se teje con los hilos de la introspección existencial y la lucha contra las limitaciones impuestas por la sociedad, al ser mujer y por ende con corto vuelo, claro, como pensadora, puesto que, para su periodo de nacimiento como escritora, que por cierto fue efímero, tanto que, en algunas ocasiones es comparada con el poeta francés Artur Rimbaud y por qué no, pues su poesía estaba al igual que los poetas franceses, marcado por un malditismo, incluso, ella misma llegar a pensarse como la poeta maldita al hacer que su poesía tuviera ese tono oscuro, del cual siempre se habla, sin embargo, se deja de lado, lo que en su momento, ella, a través del *pensarse*, quería representar, la otra mirada del lenguaje, de la existencia, de la palabra: *“Qué haré con el miedo / Qué haré con el miedo”*.

Así pues, en este contexto histórico, su poesía se convierte en un espacio de resistencia y autoafirmación, donde cada palabra es un intento de reconciliar el yo interior con el mundo exterior. La ontología, pensada desde Pizarnik, nos invita a pensar el *cómo* utiliza el lenguaje poético no solo para expresar sentimientos personales, sino también para explorar dimensiones más profundas de la existencia humana. A través de sus versos, ella desafía las interpretaciones simplistas y busca capturar la esencia elusiva de la vivencia humana. Nótese en el siguiente verso que dan continuidad al poema “El despertar”

*Ya no baila la luz en mi sonrisa
Ni las estaciones queman palomas en mis ideas
Mis manos se han desnudado
Y se han ido donde la muerte
Enseña a vivir a los muertos*

En este poema, “El despertar”, Pizarnik nos enfrenta a la realidad cruda de la existencia, donde el acto de pensar se convierte en un acto de liberación, una liberación de las ataduras del tiempo y una apertura a nuevas posibilidades. En las influencias filosóficas representativas que tuvo Alejandra, se refleja, la batalla constante de la

muerte del “dios” con Nietzsche. Él, por su parte, al igual que otros filósofos, afirmaban la muerte del dios como divinidad y más bien, el dios puesto en la tierra, en el adentro del humano, buscando así, por todos los medios la magnificencia del dios adentro y por medio del arte (poesía) representar el humano como identidad.

Cuando se lee a Pizarnik, se pone en consideración el desgarramiento con su vida que nace de la contradicción familiar, cuando se ve obligada a ser mujer con los estándares de su sociedad, reconociendo su cuerpo como carente de dotación estética, pues, más allá del físico, siempre fue un pájaro que quiso volar, metafísico. Es posible que su poesía, también estuviese atravesada por el sentir de Kafka en relación con su padre, ya que,



Alejandra al igual que Franz, sufría en silencio el rechazo de sus raíces, en el caso de ella, de su madre, quien, no soportaba algunas conductas de Alejandra y a su vez sembró el inconformismo con su cuerpo físico, razón por la cual, le llevó a embarcarse en el mundo de los fármacos, es así que, también sufre una metamorfosis profunda, pensar en su existencia como una *improbabilidad* con respecto a ser cosificado en una sociedad del desasosiego.

Señor
El aire me castiga el ser
Detrás del aire hay monstruos
Que beben de mi sangre
Es el desastre
Es la hora del vacío no vacío
Es el instante del poner cerrojo a los labios
Oír a los condenados gritar
Contemplar a cada uno de mis nombres ahorcados
de la nada

A través de su mirada única y poderosa, invita a contemplar no solo lo que se presenta, sino también lo que yace más allá, en las sombras de lo desconocido. El simbolismo arremete con constancia. Palabras contundentes que marcan el ritmo desahogado de su pensamiento: “*cerrojo, gritar, mis nombres, ahorcados*”. Revelan sin duda su constante pensar en la palabra adecuada que diera el alcance de su existencia valedera.

Señor
Tengo veinte años
También mis ojos tienen veinte años
y sin embargo no dicen nada
señor
he consumado mi vida en un instante
la última inocencia estalló
ahora es nunca o jamás
o simplemente fue

Se suele leer a Alejandra únicamente desde su suicidio inminente, que sin duda lo gritaba en cada uno de sus poemas, incluso en sus mismos diarios. Y aunque, ahogada en existencia, anhelaba saber que había más allá de la noche, de esa noche que la atormentaba, y que, a su vez, se convirtió en su musa, en su cuaderno eterno en

el que plasmaba sus interrogantes, su mente en contrarreloj con la vida.

¿Cómo no me suicido frente a un espejo
y desaparezco para reaparecer en el mar
donde un gran barco me esperaría
con las luces encendidas?
¿cómo no me extraigo las venas
y hago con ellas una escala
para huir al otro lado de la noche?

Así, en la medida del trascurrir de su existencia, suelta amarras, suelta expectativas y denota su cansancio de su estar sin razón aparente, sin motivo suficiente, sin que el sufrimiento de alguna manera se vea remunerado o válido. Sus preguntas, lanzadas a la nada, a las rocas, para no ser respondidas, para no tener un fin más que el fin mismo.

El principio ha dado a luz el final
todo continuara igual
las sonrisas gastadas
el interés interesado
las preguntas de piedra en piedra
las gesticulaciones que remedan amor
todo continuará igual.

En lo que resta del poema, Alejandra, asume su papel de pensarse desde la niñez, desde entonces tuvo esa presencia de la conciencia, de la existencia, que todo no era simplemente como el mundo exterior lo quería llamar, que las palabras estaban mal ubicadas en el profundo mundo de la mente, y que, aunque se pensara mil veces cien siendo otra fuera de su ser, no era más que eso, que esa anciana salvaje, ese pájaro, ese miedo, esa jaula, esa noche que se arroja a los féretros de la sangre.

Señor
la jaula se ha vuelto pájaro
y ha devorado mis esperanzas
señor
la jaula se ha vuelto pájaro
qué haré con el miedo

Concluyendo, al leer a Alejandra Pizarnik desde la perspectiva de la *Pensadora*, de la *filósofa*, se descubre un universo poético que no solo

conmueve estéticamente, sino que también desafía a pensar más allá de los límites impuestos por la realidad superficial. En sus palabras y en sus silencios, encontramos la luz perdida que Heidegger nos insta a buscar, una luz que ilumina no solo el camino del poeta, sino también el del lector que se aventura en los misterios del ser humano y su relación con el mundo que lo rodea.

Así, "El despertar" de Pizarnik no es solo un poema, sino un acto de pensamiento en sí mismo, una exploración profunda de la condición humana que sigue resonando en el presente. Nos recuerda que el arte, en su forma más pura, puede ser tanto una búsqueda filosófica como un reflejo de las complejidades de la existencia.



Referencias

Leyte, A. (2015). *Heidegger, El fracaso del ser.* . Barcelona: Salvat.

Pizarnik, A. (2018). *Poesía completa.* Bogotá: Penguin.

Sztajnszrajber, D. (29 de 01 de 2016). Heidegger . Argentina.

ERGOLETRÍAS

